

LAS TRADICIONES QUE CONFORMAN LA FACULTAD DE EDUCACIÓN Y SU PAPEL EN LA CONFORMACIÓN DEL CAMPO CONCEPTUAL DE LA PEDAGOGÍA

Siempre me pregunté cómo vencer la distancia entre intelectuales, investigadores y maestros. Este enigma, que heredé del movimiento pedagógico de los maestros colombianos (1980-1983), debe presidir cualquier reflexión sobre vida de los maestros. Esta distancia deja naufragar al maestro en la rutina gris de cada día, y a las escuelas y colegios los deja al garete, como barcos ebrios que en la niebla de su confusión persiguen con desesperación los espejismos desprendidos de una lenta apropiación de los avances de las ciencias. Sin embargo, ¿no siguen siendo éstas, acaso, el espejo de los espejos?

Todo intento de suprimir o relativizar esta distancia pasa por lo político y conceptual, pues este propósito modifica relaciones de hegemonía que han excluido, durante siglos, a los que saben de los que no saben y supone modificar el lugar que el maestro ocupa en la división social de los saberes. Por otra parte, supone también no pensar únicamente las escuelas y colegios desde las demandas externas, sino desde su reproducción, lo que hace imprescindible desplegar un campo de intersecciones (*el campo conceptual de la pedagogía —CCP—*) que traduzca los lenguajes de las ciencias, los saberes, las experiencias, las prácticas y las culturas que habitan las fronteras de la pedagogía y la didáctica. En palabras de Dewey, este campo acercaría a los maestros a las teorías generales, liberándolos de los particularismos que le impone la rutina diaria.

Otra pregunta: ¿cuáles son las causas que generan la incomunicación entre los oficinistas de las escuelas y los colegios? Esta incomunicación impide el juego estratégico sobre determinados objetos de enseñanza y aprendizaje, que tienen que ver con la geografía, la matemática, las ciencias, la pedagogía, la didáctica y la tecnología. Si no hay lucha en torno a estos objetos se genera la indiferencia frente a las producciones de cada uno de los integrantes del cuerpo docente, trátase de facultades de educación o de escuela normales superiores. ¿Cómo explicar ese silencio, unas veces mordaz, otras simplemente cómplice? Si no hay disputa sobre objetos comunes y toda la actividad intelectual se centra en las didácticas específicas, se cae en particularismos incapaces de dar cuenta de la naturaleza del maestro, independientemente que enseñe física, matemática, geografía, lectoescritura o tecnología. Estos particularismos no pueden dar cuenta de la vida del maestro como asalariado, hombre público, sujeto de pasiones y productor de un saber que no se confunde ni con los contenidos enseñados, ni con los métodos y estrategias que diseñan sus ambientes de aprendizaje, sino que comprende sus gestos, miradas y aquellos conocimientos provenientes de la ciencia, la cultura, la didáctica y la pedagogía; que no se consumen en la relación pedagógica con el alumno y que, por el contrario, están destinados a colocar al maestro frente a la sociedad y a otros campos de conocimiento.

La superación de estas condiciones adversas que enumeró requiere de un gesto ético que nos abra a las producciones de otros agrupamientos, a partir de que seamos capaces de renunciar a sí mismos e incluso que podamos llegar a ironizar nuestras propias producciones.

La renuncia a sí mismo es, a su vez, condición para llegar a la práctica de una crítica inmanente, donde la pregunta no sea “¿por qué tu no piensas como yo pienso?”, o “¿por qué tú no piensas desde donde yo pienso?”, sino que la cuestión se centre en el interrogante: ¿por qué tu no eres como piensas que eres? Digamos que esta última pregunta, a la vez que cumple una función crítica, afianza el CCP, pues le permite al agrupamiento criticado mejorarse al abrirse a un nuevo universo de problematizaciones o persistir tozudamente en su equivocación. Quiero destacar la importancia de una crítica inmanente que no pone a los agrupamientos a someterse a los dictados y propósito de otros agrupamientos. La crítica inmanente impide que el CCP se “convierta”. En las tensiones entre ortodoxos y heterodoxos, y entre novicios y consagrados, lo más recomendable es oponer en positivo una obra a otra obras y no centrarse en las peleas entre filósofos, pedagogos e investigadores, que nos conducen al fetichismo de la gramática —y el que cree en la gramática sigue creyendo en Dios. O terminar como los cangrejos: mirando siempre para atrás o al vecino. Toda teorización, para que no se suma en eternas discusiones filológicas, debe estar precedida de un intenso trabajo empírico: si es en el aula, de un intenso trabajo etnográfico; si es en historia, de un prolongado trabajo de archivo, y si es en la formación de maestros, de la creación de instituciones que perduren y modifiquen sustancialmente estas prácticas.

Asumir que “todos juegan” tiene como condición la renuncia a uno mismo, a su historia intelectual, y a las glorias y prestigios que, en determinadas coyunturas, diferencian unos agrupamientos de otros. Sin esta renuncia, las supuestas críticas no serán más que la exigencia a los otros a que piensen como yo. Por el contrario, “El objeto de un crítico verdadero debería consistir en descubrir cuál es el problema que el autor se ha planteado (sabiéndolo o sin saberlo) y en averiguar si lo ha resuelto o no” (Paul Valéry).

La propuesta del CCP es que éste y las otras propuestas que se presenten de unificación, potencien los grupos de docentes hasta convertirse en grupos de investigación sobre la práctica pedagógica que ejercen a diario. Ante esta eventualidad cabe preguntarse: ¿posee la Facultad la conceptualidad necesaria para cobijar estas nuevas formas institucionales? ¿O simplemente les ofrece un marco jurídico y administrativo? De ahí se puede inferir que la dirección ética y cultural del mismo se alcanza por la capacidad que las propuestas presentadas tengan para unificar los grupos e instituciones investigativas dentro de la diversidad y la autonomía. Ésta sería la finalidad estratégica de un seminario interdisciplinario que inicia discutiendo sobre la producción intelectual de la Facultad y termina disputando sobre las propuestas de nuevas instituciones o mecanismos que unifiquen, y hagan traducibles y seductoras las nuevas producciones para Tirios y Troyanos.

¡Las cartas están sobre la mesa!

Jesús Alberto Echeverri
Director